

LITERATURA ÁRABE.

SE REFIERE Á LA NARRACION, LIB. IX, CAP. I.

§ I. LOS MOALLAKAS.

Antes de Mahoma poco ó nada escribían los Arabes; estimaban sin embargo la poesía y la elocuencia, y tenían reuniones anuales en la feria de Ocad para leer y disputar el premio. La mejor composición escrita en letras de oro se suspendía de las puertas de la Caaba y en el tesoro, y las tribus aplaudían la que revelaba un nuevo poeta ú orador. Pero se trataba de poesías cortas, cuyo principal objeto era mostrar el conocimiento que el poeta tenía de su lengua, pues son descripciones de tempestades, de desiertos, de un caballo, de un camello, de un asno, de una gacela, ó de la lanza ó espada, son muchísimos sinónimos. En las historias, los Arabes insertaban frecuentes trozos de poesías, con tal que fuesen de antiquísimos personajes, y algunos parecen auténticos. Así Abu-Adina á su primo Asvad, hijo de Mondar, rey de Nim, hácia el año 460, para disuadirle de perdonar la vida al jefe del ejército de Gasan, que habia caído en sus manos, dice:

« El hombre no alcanza todos los días lo que desea; todos los días el destino no es para él igualmente pródigo de sus favores. Es prudente aquel que al ofrecerse la ocasion no espera que la cuerda á que puede asirse se rompa, y entre todos los habitantes de la tierra se da el título de justo al que hace apurar á sus enemigos la copa por donde él bebió primero. No es injusto el que hiere con la espada, cuyos golpes ha probado ántes. La indulgencia es virtud, pero no con los iguales, y el que se atreve á decir lo contrario miente. Tú hiciste perecer á Amru, y quisieres salvar á Yezid; si lo consigues, resultará un fecundo manantial de guerras y calamidades. Guárdate de dejar libre una víbora despues de haberla cortado la cola; si tienes juicio, debes ejecutar con la cabeza lo mismo que con la cola. Pues que desvainaron la espada, esta los destruya; ya

que encendieron el fuego, que sirvan á este de alimento. Si los perdonas, tu clemencia se juzgará pusilanimidad. Antes que concederles semejante impunidad, hubiera sido mejor que la fuga los sustrajese de tu poder; pero se habrían avergonzado de huir ante un igual. Son la flor de Gasan vástagos de ilustre estirpe, ¿qué maravilla, pues, si aspiraron al imperio? Nos ofrecen un rescate, nos alaban sus caballos y sus camellos, dignos de que los Arabes y los Bárbaros los admiren. ¿Habrán bebido nuestra sangre mas pura, y tú no beberás de ellos sino olas de leche? Sin duda el caso nuestro no es comparable al suyo. ¿Por qué aceptarías su rescate? Ellos no aceptaron de nosotros ni oro ni plata. »

Los monumentos mas insignes de la edad en que apareció Mahoma son los siete *Moallakas*, poemas que muestran las costumbres, la índole, el carácter de los Arabes poco ántes de la revolución que los convirtió en conquistadores (1). Algunos hablan de sangrientas batallas, donde se mezclan la ferocidad y la nobleza, la generosidad y la barbarie, y se les denomina *suspendidos, ó dorados, ó largos*. Los tres primeros se atribuyen á Amru ben Keltum, Aret ben Illiza y Tarafa ben Abd.

Tarafa vivía desarregladamente, y burlándose de los que le criticaban. Despues de describir el camello y los placeres de las bellas y de los jóvenes disolutos, exclama:

« Por eso no he cesado de entregarme á la bebida y á los deleites; he vendido cuanto poseía; he disipado, para proporcionarme placeres, los bienes adquiridos por compra y los heredados; tantos que todos mis parientes, evitando mi sociedad, se han alejado de mí, y me he visto solo como un camello atacado de una enfermedad contagiosa. Pero los hijos de

(1) Seguimos á Silvestre de Sacy. — Véase THARAFÉ *Moallakas cum scholiis Nahas, e mss. leidentibus arabice editi, veriti, illustravit Jo. Ja. Reiske, Leiden, 1742*. Los siete fueron traducidos al inglés por Jones en 1782.

la tierra, los infelices cuya miseria he aliviado, no me rechazan, y los ricos, que habitan en hermosos y vastos pabellones, no desdennan mi compañía. Tú que acerbamente me reprendes mi inclinación á las pendencias, á los deleites, á la alegría, ¿puedes acaso asegurarme la inmortalidad acá abajo? Si no vales para remover el término de mi destino, déjame salir alegre al encuentro de la muerte, gozando los bienes que poseo. Ciertamente no me cuidaré de la hora en que los consuelos de mis amigos vengán á rodear el lecho en que luche con la muerte, si tres cosas no mitigan la vida humana; prevenir las reprensiones de las mujeres austeras bebiendo el jugo de la vid que forma espuma cuando se le debilita con el agua; volar al auxilio del que pide asistencia, subiendo sobre un caballo que iguale en agilidad impetuosa al lobo, habitador de la selva, de improviso interpuesto al paso del viajero que busca una cisterna; pasar con una hermosa jóven, bajo una tienda, las horas demasiado rápidas de un lluvioso día, que llena el alma de dulce esperanza...

« El que sostiene con generosa conducta la nobleza de su origen, abandona el alma á la embriaguez de los placeres, mientras goza de la vida. Si la muerte nos arrebatara mañana, entonces sabrás cuál de nosotros dos sentirá disgusto de no haber apagado hoy la ardiente sed. No hallo diferencia entre el sepulcro del avaro locamente económico de sus riquezas, y el del libertino que las prodigó gozando, un monton de tierra cubre á ambos, y grandes piedras forman su tumba... »

« La vida es á mis ojos un tesoro, del que cada noche se lleva una parte; un tesoro que los días y el tiempo disminuyen continuamente, y que dentro de breve plazo se reducirá á nada. Las dilaciones que la muerte concede al hombre hasta herirle con el golpe fatal, son como la soga que detiene al camello junto al pienso; si la muerte deja á los hombres una sombra de libertad, aflojando la cuerda que los liga, no por eso los extremos se le escapan de la mano. »

Tarafa habia convenido con su hermano Mabed en llevar á pastar cada uno un dia los camellos; pero, no cuidándose sino de la poesía, los dejaba abandonados; y como le reprendiese Mabed, respondía que en caso de que se los robasen los recobraría con versos. Se los robaron en efecto; mas él en su moallakas habia dicho de Amru-ben-Morfed: « Si hubiese agrado á mi señor, yo sería semejante á Kais, hijo de Kaled; hubiera gozado de una rica hacienda, y los hijos mas nobles de los mas ilustres padres habrían venido á visitarme. » Amru ben Morfed, que era primo hermano de Tarafa, lo supo y le envió á decir: « Dios solo puede concederte tantos hijos como yo tengo; pero, en cuanto á riquezas, voy á hacerte igual á mí. » Habiendo llamado, pues, á sus siete hijos, mandó que cada uno diese siete caballos á

Tarafa, lo mismo ordenó á tres nietos, los cuales se jactaban de este honor, y decían: « Nuestro abuelo nos ha colocado hoy en el número de sus hijos. »

Por lo que respecta á Amru-ben-Keltun y Aret ben Illiza, sus dos moallakas pueden considerarse como dos arengas recitadas ante el árbitro que debia terminar los litigios de cuarenta años entre las tribus descendientes de Bekr y de Tagleb, hijos de Vayel-ben-Kaset. De la tribu de Tagleb habia nacido Rebia-ben-Aret, que adquirió fama en las guerras sostenidas por los descendientes de Maab contra las tribus confederadas del Yemen. En una de esas ocasiones, Rebia habia sido elegido de comun acuerdo jefe de Maab, y venció á los Arabes del Yemen. Tambien Coleib, su hijo, pudo mandar á todos los descendientes de Maab y derrotó de nuevo á los Arabes del Yemen, sometiéndose los varios jefes despues de esta victoria, y proclamándole rey. Entonces Coleib se entregó á la mas odiosa tiranía; se arrogaba los pastos mas fértiles y mejor regados, excluyendo los demas rebaños; prohibía cazar en los territorios que se reservaba, llevar á beber los camellos á sus pozos, ó encender lumbre en sus hogares.

Coleib se habia casado con Oláila, hija de Morra, de la estirpe de Sheiban, que habitaba el mismo territorio, y descendía tambien de Bekr. Yasa, hermano de Oláida, habia tomado bajo su proteccion á una mujer llamada Basu, que tenia una camella queridísima, á la cual habia puesto por nombre Serab. Hallábase está atada del cabestro á la entrada de la tienda de Basu, y como pasasen los camellos de Coleib, rompió las maniotas y se mezcló con ellos. Coleib estaba cerca de la cisterna con el arco y el carcaj, y viendo un animal desconocido entre los de su pertenencia, lo traspasó con sus flechas, y la camella huyó exhalando gemidos. Entonces Basu arrojó el velo que cubria su cabeza, y se puso á gritar: « ¡ Socorro, vecinos, socorro! »

Grande fué la ira de Yasa; montó en uno de sus caballos sin detenerse á ensillarlos, y seguido de Amru-ben-Aret, armado tambien de lanza, entró en el campo reservado de Coleib. Yasa de un golpe le rompió la espina dorsal, Amru de otro golpe le hirió entre los muslos. Coleib, derribado en el suelo, dijo á Yasa: « Por favor, dame un sorbo de agua. » Pero Yasa le contestó: « Te has dejado atras en tiranía á Shabib y Alakas. »

Despues de la muerte de Coleib, los hijos de Sheiban se retiraron junto á una cisterna denominada Nahi. Moalel, hermano del difunto, llamado así por haber sido el primero que introdujo una poesía mas ligera, se preparó á vengarse de los hijos de Bekr, y renunciando á las mujeres, al amor, á los juegos de azar, á los placeres de la mesa, se rodeó de los guerreros de su tribu, y envió algunos á los hijos de Sheiban ofreciendo que admitiria las excu-

sas del hecho. Los mensajeros, habiendo encontrado á Morra cercado de los individuos de su tribu, le dijeron: « Habéis cometido una grave injusticia matando á Coleib por vengar una camella vieja; habéis roto los vínculos de la sangre y faltado á toda consideración; sin embargo, nosotros no queremos valernos de sorpresas ni atacaros ántes de haberos ofrecido medios de conciliación. Elegid entre estas cuatro satisfacciones, que os devolverán la tranquilidad y con las cuales nos contentaremos. » ¿Y cuáles son vuestras proposiciones? preguntó Morra. « Volved la vida á Coleib, replicaron los mensajeros, ó entregádnos á Yasa, su asesino, para que la sangre de este expie la muerte de Coleib, ó si os agrada mas, dadnos en su lugar á Aman (hermano de Yasa), ó ponéos vos mismo en nuestras manos, pues vuestra sangre equivaldrá por la del culpado. » Morra contestó: « Volver la vida á Coleib es imposible. Yasa recibió en el combate un golpe mortal; su caballo se sustrajo de nuestra vista, é ignoro dónde se haya ocultado. Aman está rodeado de diez hijos y otros tantos hermanos y sobrinos, los mas valientes jinetes de su tribu, y no consentirían que os le entregase para expiar con su sangre el delito de otro. En cuanto á mí, sé que los primeros ímpetus de la guerra caerán sobre mí y que seré la primera víctima; pero no quiero anticipar la hora de mi muerte: os doy á elegir, pues, entre estos dos partidos. Aquí tenéis los hijos que me quedan, á todos los véis suspendidos del cuello de su padre; lleváos á Tisa, si os agrada, y degolladle como un cordero, ó si no, aceptad mil camellos de ojos negros, como expiación del delito de los hijos de Bekr. » Los mensajeros montaron en cólera y se retiraron, diciendo: « Tú nos insultas ofreciéndonos el mas pequeño de tus hijos; nos das todo, pero no la sangre de Coleib. »

Decidióse pues la guerra. Entretanto Oláila, viuda de Coleib, fué á reunirse con su padre y su familia; pero el mayor número de las familias descendientes de Bekr hallaron tan vituperable el asesinato de Coleib, matado por vengar una camella, que se negaron á asociarse con los hijos de Sheiban. Aret-ben-Abad, uno de los mas ilustres guerreros de dicha tribu, no quiso tampoco tomar parte en el litigio; de consiguiente, abandonados por muchos de sus deudos, los hijos de Sheiban fueron vencidos en varios encuentros sangrientos. En uno, Aman, hermano de Yasa, pereció, y Moalel, que mandaba á los Árabes de Tagleb, pasando junto á él exclamó: « Desde la muerte de Coleib, ningún valiente ha caído, cuya pérdida sintiese tanto como la tuya. »

Moalel, orgulloso con las victorias que él mismo cantaba, é impulsado por el deseo insaciable de venganza, atacaba sin distinción á todas las familias de la sangre de Bekr, si bien las mas no habían querido tomar parte en la guerra sostenida por los hijos de Sheiban.

También sucumbió el hijo de Aret-ben-Abad; entónces su padre exclamó: « Afortunada muerte, pues que pondrá término á las hostilidades, y será prenda de sincera reconciliación entre las tribus descendientes de Vayel. »

Imaginaba que Moalel juzgaria aquella sangre como equivalente á la de Coleib, y que su cólera quedaria satisfecha; pero en cuanto oyó que la sangre de su hijo no valia un lazo de los zapatos de Coleib, se enfureció y se puso á la cabeza de la gente armada de Bekr para atacar á la de Tagleb. Desde entónces la fortuna se cambió, y Moalel tuvo que huir con los suyos. Aret iba montado en una yegua llamada Noama; y en un poema de unos cien versos, donde cantaba sus victorias, se lee:

« Mientras mis manos tienen la brida de Noama, la guerra de los hijos de Vayel ha consumido mis fuerzas y he visto mi cuerpo debilitarse con los años.

« Mientras mis manos tienen la brida de Noama, mis cabellos han encanecido, y ya no me conocen las personas de mi casa.

« Dios sabe que yo no formé parte de los culpados, cuyo delito excitó esta guerra funesta, y sin embargo el incendio suscitado por ella me consume. »

En cincuenta versos se repite el ritornelo: *Mientras mis manos tienen la brida de Noama.*

Apénas Aret-ben-Abad se colocó al frente de las tropas de Bekr, dijo á los suyos: « Llevad vuestras mujeres á la retaguardia, y que cuando encuentren algun enemigo herido, le despachen: al contrario, si es alguno de los nuestros, que le asistan, vendan y conforten dándole de comer. — ¿Y cómo distinguirlos? » preguntaron ellas.

Aret ordenó que se afeitáran la cabeza, y por eso aquella jornada se denominó *de los cabellos rapados*. Yaber-ben-Dobaya no permitió que le cortáran los cabellos, y ofreció matar con su mano al primer jinete que se adelantase al frente de los enemigos. Mató á Amru y Amer, al uno con el hierro de la lanza y al otro con el regatón: habiendo sido derribado luego, le encontraron las mujeres de Bekr, que viéndole con los cabellos largos, le cayeron encima. Aquel mismo día Aret hizo prisionero á Moalel sin conocerle, y dijo: « Muéstrame á Moalel, y te dejaré en libertad. — ¿Me prometes de véras la libertad si te lo muestro? » le preguntó el primero. Y oída la promesa formal de Aret, Moalel le dijo: « Pues bien, yo soy Moalel. » Aret se contentó con cortar el mechón de pelo de la frente, y le dejó ir exclamando: « ¡Desgraciada suerte mia! Moalel estaba en mis manos y no le conocí. »

Aret había hecho voto de no convenirse con los hijos de Tagleb ni deponer las armas, á no ser que la tierra se lo ordenase. Cuando los hijos de Tagleb se vieron derrotados en varios encuentros, y conocieron que no podían resistirle, se valieron de una estratagemá para eludir el juramento: ocultaron á un hombre en un

agujero, y al pasar Aret gritó: Abu-Mondar, tú que tantos has exterminado, conserva algunos restos de nuestra familia; sustituya la piedad á la venganza: entre muchos males, los hay que son menores. »

El éxito correspondió á la idea, y la paz fué celebrada. Entónces Moalel huyó, estableció su residencia en el territorio de Modaadi, y no quiso dar su hermana á los Árabes entre quienes moraba. Compró despues dos esclavos que le acompañasen en sus expediciones; pero estos, cansados de semejante vida, resolvieron asesinarle. Hallándose en un lugar desierto y sin medio de salvacion, les encargó llevasen á su familia estos versos: « Vosotros, á quienes se referirá de mi parte que Moalel.... ¡Dios os sea propicio, y os colme de favores! » Los esclavos fueron descubiertos y condenados á muerte.

Al poco tiempo de terminada la guerra de Basu, surgió otra nueva entre las tribus de Tagleb y de Bekr con motivo de la negativa de ciertas aguas, y Amru, rey de Hira, fué elegido por árbitro: entónces Amru-ben-Keltum y Aret-ben-Iliza recitaron ante él sus moallakas. Dícese que Aret, siendo leproso, había encargado á otros que leyesen su poema en presencia del rey; pero al ver cuán mal desempeñaban su comisión, exclamó: « Aunque se me resiste hablar » ante un jeque que no me responderá sino detras de siete cortinas, y que hará purificar y lavar las huellas de mis pasos cuando me haya retirado, sin embargo me someteré á todo para que vuestra causa marche bien. »

Por lo tanto, Aret recitó el principio de su moallaka, separado del puesto que ocupaba el rey por siete tiendas. Al oírle, la reina exclamó: « Nunca un hombre tan elocuente ha hablado detras de siete mamparas. » El rey conmovido mandó quitar una. La reina repitió siete veces lo mismo, y cada vez se corrió uno de los velos, hasta encontrarse Aret en presencia del rey, pisando la misma alfombra, y comió en el mismo plato, y cuando se retiró, el rey no hizo purificar con el agua sus huellas.

Amru no había aceptado el arbitraje entre ambas tribus, sino con la condicion de que le diesen en rehenes setenta individuos de los mas nobles: si vencían los de Bekr, se les devolverían sus rehenes; en caso contrario Amru los entregaria prisioneros en manos de los hijos de Tagleb. Cuando Aret hubo concluido de hablar, el rey hizo cortar el mechón de pelo á los setenta rehenes de Bekr, y entregó los cabellos á Aret, que los conservó siempre. Con cortar aquellos cabellos, el jeque significaba que el rey los tenia como adjudicados á los hijos de Tagleb, pero puestos en libertad espontáneamente: con dar los cabellos cortados á Aret, que ejecutaba esto por consideración á él.

En los dos moallakas los poetas tratan de exaltar cada uno su tribu, y echar en rostro á la opuesta las violencias é injusticias. Amru, que hablaba por la de Tagleb, recuerda el valor y la generosidad de los abuelos y la indepen-

dencia mantenida siempre, mientras que sus rivales habían sufrido la dominación extranjera: « ¡Oh hijo de Yud (Amru, rey de Hira)! no juzgues precipitadamente contra nosotros; detente un poco, y te haremos ver que nuestros estandartes, de una blancura brillante cuando marchamos á la batalla, no vuelven á entrar en el campamento sino empapados en sangre. Te recordaremos los dias ilustres, los dias de nuestra gloria, cuando resistimos al poder de un rey, y negamos el cuello al yugo. Traerémos á tu memoria aquellos príncipes, cuya cabeza ceñía la diadema; entónces el valor y la intrepidez eran el refugio de los débiles, la esperanza de los oprimidos. Nosotros los hemos arrastrado por el polvo, permaneciendo tranquilos nuestros caballos junto á sus cadáveres, con la brida floja y el pié en las maniotas.... Cuando llevamos á la habitacion de una tribu las máquinas de guerra, al primer roce los enemigos quedan reducidos á polvo. Las regiones orientales de las montañas de Nedjid son el Tamit por donde deben pasar, y los hijos de Codia llenan la tolva del molino. »

En otra parte dice: « No hay nacion que pueda acordarse de habernos visto mostrar debilidad, ó ceder á los esfuerzos de nuestros émulos. Si locamente se atreve á elevarse contra nosotros, castigáremos su locura con otra locura mayor. ¿Bajo qué pretexto, oh Amru, pretendes que debamos reconocer la autoridad de los que te agrada darnos por señores? ¿Por qué, Amru, prestas oído á las calumnias de los enemigos? ¿Por qué nos tratas con desprecio? Nos amenazas y quieres intimidarnos. Vé con mas cautela: dime, ¿cuándo hemos sido nosotros esclavos de tu madre? »

« Antes de tí, oh Amru, nuestras lanzas rehusaron inclinarse y atacar á los enemigos contra quienes fueron esgrimidas; vuelven sus puntas contra el que quiere enderezarlas; inflexibles, intratables, eluden todo esfuerzo; sustrayéndose duramente de sus manos, hacen sonar el aire con agudos silbidos, y ofenden al que trata de violentarlas, marcándole un surco sangriento en la frente y en la nuca. ¿Acaso has oído que, en los pasados siglos, Yoscham, hijo de Bekr, se haya repuesto de una derrota? Nosotros hemos heredado la gloria de Alkama, hijo de Sheif, que ha sometido á nuestro imperio los alcázares de la gloria, y yo he recogido la herencia de Moalel, y de Zoair, mas ilustre que Moalel: tesoro precioso y sin igual. Somos los herederos de Attab, de Keltum y de Amru; de ellos hemos recibido el patrimonio de una ilustre nobleza. Es para nosotros segura protección el nombre de Bulborra, cuyas hazañas has oído referir, y á la sombra de su gloria defendemos á los que buscan nuestro amparo. De nosotros nació ántes que él Coleib: ¿qué gloria hay cuya posesión no podamos reivindicar? »

« Todas las tribus descendientes de Maab saben que, cuando sus tiendas se levantan en los valles, nosotros esparcimos cuantos beneficios

podemos, exterminando al que provoca nuestra venganza; cerramos á las demas tribus los lugares cuyo goce nos reservamos, y nos establecemos donde nos parece mejor; manifestamos nuestra cólera rechazando los donativos que se nos ofrecen, y aceptamos los presentes de aquellos á quienes honramos con nuestra benevolencia. El que nos obedece, halla en nosotros una fuerte proteccion; pero los rebeldes prueban nuestra venganza. Las aguas puras de las cisternas nos sirven de bebida, y despues que las hemos enturbiado, acuden á ellas los demas hombres. Llenamos la tierra, que hasta es pequeña para nosotros; nuestros bajeles cubren la superficie de los mares (1). Nuestro es el mundo: cuanto habita en él nos pertenece, y no hay fuerza que iguale á la de nuestros ataques. Apénas los niños dejan el pecho, cuando ya los héroes mas poderosos se postran reverentes ante ellos. »

Con ménos fuego recuerda Aret la gloria y las virtudes de Mondar, hijo de Ma-Asema, rey de Hira, uno de los antecesores de Amru en presencia del cual habla, y cuenta cómo los descendientes de Bekr vengaron la muerte de aquel contra las tropas del rey de Gasan, que habian causado su pérdida: hace mención de una guerra entre los Árabes del Yemen y todas las tribus procedentes de Adnan, en la que sus abuelos se señalaron por su valor: finalmente, rechaza las inculpaciones injuriosas de Amru-ben-Keltum, con ménos énfasis y mas dignidad.

« Desgracias y temores nos sobrevinieron, y derramaron la amargura y el dolor por nuestra vida. Nuestros hermanos, familia de Araken, los descendientes de Tagleb nos imputaron delitos de que estábamos puros; confundieron al inocente con el reo, y la pureza de nuestra conducta para nada sirvió. Pretendieron que cuantos habitan bajo las tiendas se hallaban ligados por el mismo interes, y que nosotros debiamos participar de sus ofensas. Al ponerse el sol adoptaron el injusto designio de atacarnos, y al primer albor un horrible estruendo resonó en el campo. Se oyó á sus guerreros excitarse mutuamente al combate, y sus voces tumultuosas se mezclaron con los relinchos de los caballos y los gritos de los camellos. Tú, que has tratado con discursos estudiados y engañosos, de hacernos odiosos á los ojos de Amru, ¿crees que tus imposturas han de permanecer en pié largo tiempo? No pienses que tus injustas censuras alteren nuestra gloria. Antes de ti hemos servido de blanco á calumnias de enemigos, y á pesar de su rabiosa envidia, el mérito y la virtud nuestra han sido siempre seguro baluarte contra ellos. Mas de una vez celosos rivales han quedado deslumbrados por el esplendor de nuestra gloria; mas de una vez esta ha excitado en sus corazones ira y despecho. »

(1) Aunque exagerada, esta expresion manifiesta el gran comercio de los Árabes.

Posteriores á estos poemas parecen los de Antar-ben Sheddad y Zoeir-ben-Abi-Soma, donde se canta la *guerra de Daes y Gabra*. Abs y Dobyán, jefes de dos tribus del mismo nombre, eran hijos de Baghid, hijo de Reik. Llamábase Daes el caballo de Kais, hijo de Zoeir, de la tribu de Abs, y Gabra una yegua de Amal, hijo de Bedr, de la tribu de Dobyán. Los dos dueños convinieron en una carrera de ambos animales, que tendria de longitud cien *galuas* ó estadios: en cuarenta dias debian prepararlos al efecto con el alimento conveniente, y se señalaron como premio cien camellos. El dia fijado concurren al sitio; pero Amal colocó algunos muchachos junto á la meta donde habia derumbaderos, con órden de lanzarse contra Daes si acaso llevaba ventaja á Gabra, y obligarle á retroceder. Así se hizo, y con tal motivo Kais compuso estos versos:

« Ved lo que he sufrido de Amal, hijo de Bedr, y de sus hermanos, en el punto llamado Dat-alasad. »

» Se han jactado de su triunfo injustamente; rechazaron á mi corcel para impedirme alcanzar la meta. »

De aquí resultó una guerra de cuarenta años, sin que las yeguas ni los camellos tuviesen tiempo de engendrar. Odaifa, hijo de Bedr, envió á su hijo Malek á pedir á Kais el premio de la carrera; pero este no se contentó con la negativa, sino que le hirió en los riñones. El caballo de Malek huyó, y volvió adonde estaba Odaifa. Los parientes de Kais se reunieron, y dieron cien camellos en expiacion del asesinato de Malek: Odaifa aceptó el arreglo; pero luego sorprendió á Malek, hijo de Zoeir, y le mató. Los Árabes de Abs pretendieron entónces que se devolviesen los cien camellos, y la guerra fué declarada.

Despues de muchos accidentes, los hijos de Abs, mientras se fijaban las bases de un convenio, entregaron en rehenes ocho hijos de las mas ilustres familias, consignándoles á Semi-ben-Amru. Este, próximo á morir, dijo á Malek, su hijo: « Te dejo un grado insigne, una gloria que nunca perecerá si cuidas de conservarla, y son estos jóvenes rehenes. Paréceme ver á tu tío Odaifa acudir á ti, no bien haya cerrado yo los ojos, derramando lágrimas hipócritas y diciéndote entre suspiros: « Nuestro señor ha muerto, » y al fin seducirte de modo que consentas en entregárselos para acabar con ellos. Si lo haces, no podrás aspirar á ninguna gloria. »

En efecto, despues de la muerte de Semi, Odaifa trabajó hasta conseguir que Malek le entregase los rehenes; cada dia tomaba uno, le ponía por blanco, y diciéndole: « Llama á tu padre, » en cuanto el joven obedecía, le asesinaba. Al oír tales horrores, los hijos de Abs se dirigieron á Yamaria, y vencieron á los de Odaifa matando tambien á Malek, y poco despues al mismo Odaifa, á Rebi-ben-Ziad y á Hancas-ben-Bedr. Kais-ben-Zoeir lamentó la muerte del último con los siguientes versos:

« Sabemos que el mas egregio de los hombres yace muerto en la márgen de la cisterna de Abat, sin esperanza. »

» Si no fuese la enorme injusticia que cometió, lloraria su pérdida mientras que los astros brillasen en la bóveda de los cielos. »

» Pero Amal-ben-Bedr cometió una injusticia; estableció su residencia y levantó las tiendas en la tiranía y la opresion. »

» Creo que la dulzura hubiera sido un oprobio para la tribu á que pertenezco, pues que el hombre dulce y paciente es tenido por insensato. »

» He tomado, pues, las armas contra hombres que emplearon las armas contra mí; pero de las dos partes enemigas, una se conduce torcidamente, mientras que la otra se apoya en la justicia. »

Los vencedores trataron á Odaifa, hijo de Bedr, como él habia tratado los rehenes, cortándole las partes viriles y la lengua, y colocando las unas en el puesto de la otra. Despues los hijos de Abs buscaron seguridad en el país de Gatfan; pero ni aun allí se creían seguros, por lo cual pidieron y obtuvieron paz. Celebrada esta, Hosain, de la tribu de Dobyán, en venganza degolló á un hijo de Maksum-ben-Malek, originándose nueva guerra, que al cabo se suspendió.

Estos casos fueron cantados por Zoeir y por Antar. El estilo del segundo se parece en la ferocidad de sentimientos y de expresion al de Amru-ben-Keltum.

« ¡Oh hija de Malek! si ignoras las pruebas que he dado de mi valor, pregunta á los héroes que las presenciaron, y te dirán que permanezco intrépido sobre el impetuoso corcel cuando atacado por todas partes está ya cubierto de heridas; ora se adelanta solo al combate y derribe al enemigo, ora camine en medio de un escuadron de guerreros arqueros. Te dirán que yo me precipito con ardor en lo mas espeso de la pelea, y desprecio los despojos del enemigo vencido. A menudo el valiente guerrero, cubierto de férrea armadura, noble hasta el punto de no buscar la salud en la fuga, ni en una humilde sumision, y que era el terror de todos los combatientes, cae bajo los golpes de mi mano. Mi lanza sólida é inflexible le abre ancha y profunda herida en el silencio de la noche, el ruido de la sangre que corre en gran cantidad de la herida, reúne en torno de su cadáver á los lobos hambrientos; la armadura de que iba cubierto no habia podido resistir á mi lanza; la gloria y la nobleza no preservan de los golpes de esta. »

Y en otro lugar: « Mas de una vez mi espada rompió las mallas de una ancha coraza que cubria el pecho de un valiente, armado en defensa de sus derechos, señalado en las batallas, que en el corazon del invierno fiaba generosamente su hacienda á la ventura de los juegos y se abandonaba á los caprichos de la fortuna; que insensible á las repreciones de una aus-

tera censura, prodigaba las riquezas en amores y vaciaba las cubas de los vendedores de vino. Cuando me vió desmontar y marchar contra él, abrió la boca y mostró los dientes; pero no para mostrar una sonrisa graciosa. Todo el dia, al contemplar su cuerpo ensangrentado, se hubiera dicho que su cabeza y dedos estaban teñidos con el jugo del *idlan*. De una lanzada le postré, é hice vibrar sobre su cabeza mi tajante acero. Era, sin embargo, un gigante terrible; parecia que sus vestidos envolvian el tronco de un grande árbol; un cuero entero le calzaba; no habia dividido la leche de su madre con un hermano gemelo, que le robase parte de su alimento y disminuyese el vigor de su naturaleza. »

El moallaka de Zoeir (1), que celebra la generosidad de los príncipes árabes, mediante la cual se reconciliaron dos tribus unidas por la sangre y debilitadas por una larga y mortífera guerra, se distingue á causa de las muchas máximas y reflexiones filosóficas de que está sembrado; pinta los males de la guerra, detesta la perfidia de Osain, hijo de Demden, el cual, durante la paz, habia matado á un Árabe de la tribu de Abs, y protesta que su tribu no tomó parte en aquella violacion de juramento:

« Salud á la ilustre tribu, cuyo honor fué oscurecido injustamente por el delito de quien rehusó todo convenio, por el delito de Osain, hijo de Demden. Él ocultó en los pliegues del corazon un secreto pensamiento, y no le publicó ni aceleró su ejecucion. Dijo: « Cumpliré mi designio; las armas de mil jinetes armados » en mi defensa me protegerán contra la venganza del enemigo. » Sin temer las muchas tiendas, se acercó jactancioso al lugar en que la muerte se habia detenido, donde habia colocado sus bagajes, donde reposaba un leon enteramente armado, acostumbrado á las batallas, con una rica melena, cuyas terribles uñas no habian sido cortadas, lleno de audaz valentía, pronto á vengarse y á rechazar los ataques, y siempre dispuesto á acometer. »

Concluye el poema con muchas sentencias, poco enlazadas entre sí, por cuya razon varían en los diversos manuscritos:

« El que con sus hazañas pone su reputacion á cubierto de las censuras, aumenta su fama; pero el que no las teme, será objeto de ellas. »

» Verá su gloria convertida en ignominia y se arrepentirá de los beneficios el que los haya dispensado á personas indignas. »

» El que no maneja armas para defender su cisterna, verá los bordes de esta destruidos, y el que se abstiene de toda violencia, será víctima de la injusticia. »

» La lengua del hombre constituye la mitad de su ser; la otra mitad el corazon: fuera de

(1) ZOEIRI Carmen, templi Meccani foribus appensum, nunc primum ex codice Leidensi arabice editum, latine conversum et notis illustratum ecc. a F. Rosenmüller. Lipsick, 1793.